

Reválida 2019: “La disertación de filosofía encierra al estudiante de bachillerato en una posición hipercrítica”

La disertación de filosofía es el examen simbólico de la reválida. Este ejercicio padece, sin embargo, de una gran artificialidad y no permite a los alumnos captar lo que de interés filosófico está en juego, estima el profesor Stéphane Bornhausen.

Le Monde, 16 de junio de 2019

Declaraciones recogidas por Alice Raybaud

Lunes 17 de junio, el baile de la reválida comienza con el examen de filosofía. Stéphane Bornhausen, profesor de filosofía en el Liceo Balzac, en Mitry-Mory (Seine-et-Marne), y autor de un artículo sobre la enseñanza de la filosofía en el bachillerato, aparecido en la *Revue du Mauss*, estima que los alumnos no pueden ir bien preparados a este examen. Se lamenta de que la enseñanza de la filosofía en el último curso del bachillerato gire casi exclusivamente en torno a la disertación, ejercicio que “encierra en una posición hipercrítica, tan artificiosa como nociva para la enseñanza de una disciplina”.

P.: En la “Revue du Mauss”, escribe usted que “no les damos [a los alumnos de bachillerato] los medios con que afrontar el examen de filosofía de la reválida”. ¿Por qué?

R.: La enseñanza de la filosofía en el instituto se ha construido alrededor de la prueba de disertación, un ejercicio que reviste una forma rígida. Es un corsé dentro del que nadie puede bullir ni respirar. Y la manera en que el alumno puede, con sus conocimientos del bachillerato, apropiarse de esta forma es de hecho muy artificial: como si se convocase solamente a tres filósofos —por ejemplo, al azar, Platón, Kant y Nietzsche— y se los obligase a dialogar sobre una pregunta que ellos mismos nunca se han planteado. ¿Por qué hay que reflexionar sobre una pregunta que no existe más que para suscitar la perplejidad del alumno? ¿Para saber cómo va a apañárselas para, convocando a esos autores, encontrar algo que parezca una respuesta? Sin embargo, la disertación se ha convertido en un patrimonio innegociable de la enseñanza de la filosofía. Pero, frente a la profusión de nociones que han de tratarse, el profesor se ve forzado a recurrir a la clase magistral; esto es a menudo frustrante para el alumno, que quiere expresarse. Resulta inevitable recurrir también a síntesis, a resúmenes de las tesis sobre las que se les pide a los alumnos que hagan fichas. Estos tienen la impresión de tenerlo todo a su disposición, pero no saben articularlas, porque les faltan las articulaciones, las mediaciones.

P.: ¿Así que las exigencias de la disertación a la francesa no permitirían desempeñarse con éxito más que a un pelotón de cabeza, a la vez que dejaría a una gran parte de los alumnos tirados en el arcén?

R.: Es en efecto un ejercicio selectivo y muy difícil, que cuando se creó en el siglo XIX fue pensado como una disciplina para la élite. Es muy poco satisfactorio para los alumnos, quienes en su mayoría lo pasan mal para captar lo que está en juego y se encuentran, por tanto, con calificaciones bajas, por debajo de las que reciben en otras materias. El examen de filosofía es como una montaña que se levanta ante ellos. Para muchos, incluso, es una misión imposible. Las cosas están poco claras con respecto a las exigencias. Por ejemplo, la problematización —que debe aparecer en la introducción— es realmente difícil comprender en qué consiste exactamente; incluso los profesores se las ven y se las desean para explicarlo. Me parece simplemente un artificio retórico destinado a servir como introducción a un debate que es puramente ficticio..., pero dándole al alumno la ilusión de que, con las referencias acumuladas durante las clases, desarrolla un pensamiento propio.

P.: Usted denuncia “el hipercriticismo” que, en su opinión, define hoy en día la enseñanza de la filosofía en el bachillerato. ¿De qué se trata?

R.: El examen de reválida consiste las más de las veces en lanzar de un modo muy artificioso a los filósofos los unos contra los otros. Como si en cada una de las partes de la disertación cada filósofo intentase destruir —y sobrepasar— las filosofías precedentes. Esto es, en primer lugar, falso desde el punto de vista de la historia del pensamiento filosófico y, además, problemático por lo que respecta a la concepción de la disciplina. No creo que el papel de la filosofía sea el de criticar a los otros filósofos, o encerrarse en una postura hipercrítica acerca de todo. Esto responde a esa idea falsa de la filosofía como tribunal último de la razón, llamada a pronunciar un veredicto sobre cualquier cosa, sobre la opinión, sobre el discurso, sobre la política. La filosofía es un ejercicio que tiene un valor por sí misma, pero ¿habría de estar en una posición de superioridad en relación con todo lo demás? Para mí, carece de privilegio.

P.: ¿Pero la clase de filosofía no es justamente el lugar ideal para la formación de “ciudadanos ilustrados” y para el desarrollo del espíritu crítico?

R.: Yo no tengo nada en contra del espíritu crítico. Me opongo tan solo al hipercriticismo. Todo es cuestión de cómo se dosifique. Con el ejercicio de la disertación, tal y como es pensado y enseñado hoy en día, se invita a los jóvenes a mostrarse hipercríticos con todo: los medios de comunicación, los científicos, las autoridades, el buen sentido, etc. La intención digna de alabanza, si actuamos en tanto que herederos de la Ilustración. Pero, llevada hasta el extremo, esto nos lleva a la situación que se despliega ante nuestros ojos: para los alumnos, todo es objeto de crítica. Pero, si todo es criticable, ¿a quién creer entonces? La última palabra terminan dándosela a menudo al móvil y la red, donde su hipercriticismo los lleva a frecuentar páginas oscuras y teorías conspiratorias.

P.: Usted preconiza por el contrario la exploración de los “métodos de los filósofos”. ¿Qué significa esto?

R.: La historia de la disciplina está atravesada por toda una serie de tensiones: unos defienden la creatividad, la libertad, mientras que otros preconizan una democratización del estudio de la filosofía mediante el aprendizaje de normas y de reglas. En lo que a mí respecta, creo que hay que interesarse en lo que a mis ojos le da su valor a la filosofía: para cada filósofo, es una “experiencia”, un proyecto que llevan de un extremo a otro y que está llamado a enfrentarse a un cierto número de dificultades. Para responder a los problemas, cada filósofo tiene su método. Platón, cuando todavía no se ha inventado la lógica, se apoya sobre la “techné”: en su caso son

los ejemplos tomados de las artes lo que permite encontrar una respuesta a las preguntas planteadas. Lo que se le propone al lector es un hallazgo, un método inventivo.

P.: ¿Qué implica esto para la enseñanza?

R.: No podemos conformarnos con una representación de la filosofía como si fuese un edificio que se tiene en pie por milagro, como si fuese algo grandioso, pero envuelto en misterio. No debe resultar misteriosa. Se trata entonces de proponer a los alumnos actividades, para que recorran ellos mismos las etapas clave del recorrido del filósofo y comprendan que hay una progresión en el pensamiento. Esos ejercicios permiten además implicarlos en la clase. Esta manera de volverse hacia lo fundamental, de explorar el “cómo” de la construcción de las tesis de los filósofos, no significa que por ello vaya a disminuir la creatividad. Al contrario, conocer los cimientos de un método es poder adoptarlo, transponerlo, pensarlo. Y dejar de lado el combate estéril de las tesis.

* * *

La filosofía, prueba reina de la reválida

En la reforma de la reválida, que entrará en vigor en 2021, la de filosofía será la única prueba escrita de los exámenes de junio. Pero la disciplina, antaño decisiva, ha perdido importancia.

Por Violaine Morin, *Le Monde*, 17 de junio de 2019

Es una cita bien conocida por los alumnos: cada año, la prueba de filosofía da la señal de partida de la reválida. El acontecimiento, según un ritual muy medido, encuentra un lugar preeminente en los informativos, con la ayuda de filósofos que desmenuzan el asunto propuesto para la disertación... Pero una pequeña revolución va a terminar bien pronto con este ordenamiento: la reforma de la reválida, que entrará en vigor en 2021. La prueba de filosofía, a la que han de someterse todos los alumnos de las modalidades general y tecnológica (con la notable excepción de los itinerarios profesionales, el 20% de los candidatos), va a mantenerse. Pero no va a dar inicio al baile de las pruebas. Será por el contrario la que lo cierre.

¿Hay que ver en esto un declive simbólico? La presidenta del Consejo superior de programas, Souad Ayada, ha insistido en defender lo contrario el 26 de mayo en las columnas de *Le Figaro*. La “reconducción” de la prueba “atestigua el compromiso del ministro de Educación nacional con la singularidad francesa de enseñanza de la filosofía”. Todas las demás disciplinas, en efecto, serán evaluadas a lo largo de los dos últimos años del bachillerato en una serie de pruebas comunes; las dos materias de especialidad elegidas por cada alumnos serán objeto de pruebas escritas en marzo del último curso (aunque este calendario aún podré cambiar). Solo la prueba de filosofía y un “gran oral” seguirán teniendo lugar al final, en el mes de junio.

Presentada como una materia “universal” por el ministro de Educación desde que se anunciaron las reformas de la reválida y del bachillerato, a comienzos de 2018, la disciplina atraviesa, en realidad, un periodo de duda existencial. Colocada justo al final del año escolar, en una fecha en la que los alumnos ya han validado “más del 80% de su calificación final”, la prueba corre el riesgo de resultar “marginal”, teme Nicolás Franck, presidente de la *l’Association des professeurs de philosophie de l’enseignement public (APPEP)*. “Será inevitable el absentismo”, asegura el docente. “Sobre todo en la modalidad tecnológica, en la que la filosofía representará el 4% de la nota final, es decir, un poco menos que ahora, y 8% en la modalidad general, lo que es menos que en el itinerario científico actualmente”. En el literario, el coeficiente de 7 hace subir el peso de la filosofía al 15% de la nota. “Envuelta con el bonito lazo de la prueba universal”, esta será, por tanto, relegada a un segundo plano.

Pero ¿esto es realmente nuevo? Desde hace tiempo, hay un desajuste entre el lugar simbólico que ocupa la prueba de filosofía y su peso real en el recorrido de los alumnos. Desde ese punto de vista, la reforma de la reválida y del bachillerato será más bien la culminación de un lento retroceso de la filosofía, y de las humanidades en general, en el currículo de los estudiantes franceses de secundaria.

Como recuerda Bruno Poucet, historiador de la educación y autor de *d’Enseigner la philosophie. Histoire d’une discipline scolaire 1860-1990* (CNRS Editions, París, 1999), la filosofía ha sido sin duda, durante una época, “la prueba reina”. Pero de eso hace ya mucho tiempo, entre el final del siglo XIX y el comienzo de la década de 1960. La filosofía tenía entonces el poder de impedir la entrada en la universidad a los futuros médicos y abogados. “En esa época, las ciencias son algo secundario y resarvado más bien a los malos alumnos”, recuerda Bruno Poucet. “Pero desde los años sesenta, las ciencias han tomado la delantera. La filosofía ha seguido siendo la prueba reina en el imaginario colectivo, especialmente porque tiene fama de ser difícil”. También porque sigue viva la idea de que la nota de filosofía cae como una cuchilla, se sea buen o mal alumno, se vaya bien o mal preparado, más allá de toda racionalidad.

Para Frédéric Le Plaine, presidente de la asociación de docentes *Acireph*, esta percepción ha debilitado la disciplina. Para devolverle su atractivo, habría que preguntarse por “lo que podría hacerse para que la prueba fuese más justa, para que los alumnos tuviesen menos el sentimiento de que es una lotería”, asegura. Varios observadores apuntan a la prueba de la disertación, mantenida en el proyecto de reforma. Para Luc Ferry, filósofo y ex-ministro de Educación, el apego a este ejercicio, que consiste en “responder a preguntas bizantinas para las que ninguno de nosotros tiene la menor respuesta” es directamente responsable de una calificación “imposible y, por tanto, terriblemente aleatoria”.